

Ing. Daniel Armanet

División Técnica Económica y Finanzas

La industria nacional y la protección del Estado

Ha vuelto a ser puesto de actualidad este tema de permanente interés y los bien meditados estudios ya hechos sobre él pueden conducirnos al establecimiento de normas que nos orienten en forma definitiva en esta materia fundamental.

Desde hace más de un cuarto de siglo han perdido entre nosotros todo prestigio las antiguas teorías libre-cambistas y nadie discute las ventajas del más exagerado proteccionismo. Por lo demás, el proteccionismo imperaba antes de la guerra en todos los países del mundo, sin excluir a Gran Bretaña, campeón del libre cambio durante muchos años. Un economista que goza de gran prestigio desde hace más de 30 años, nos ha dado una explicación del nacimiento del proteccionismo en Chile. En aquella época, me decía, veíamos ya cernirse la amenaza del salitre sintético sobre el principal de nuestros productos de exportación; nuestra producción de cobre no había comenzado todavía; no se divisaba por eso en aquella época otra perspectiva para nuestro país que su desarrollo industrial. Así como no era posible prever entonces la importancia de nuestra producción actual de cobre, los economistas de la generación pasada no podían adivinar tampoco el descubrimiento del procedimiento Capellan Smith, que ha prolongado la vida del salitre chileno.

La discusión de esta materia comenzó con un estudio publicado en los ANALES del Instituto de Ingenieros hace cuatro años, por los señores Simon, Müller, Jaramillo e Izquierdo, el cual se funda en dos afirmaciones: una de ellas se refiere a las posibilidades de desarrollo de la agricultura en nuestro país, limitadas por la superficie arable y por la circunstancia de explotarse ya terrenos marginales, es decir que no podrían continuar explotándose si los productos de ellos disminuyeran de valor. La otra afirmación es el hecho de que los países industriales disfrutan de un standard de vida mucho más alto que los países agrícolas principalmente. En cuanto a la minería, ven un peligro en el hecho de estar el poder comprador en manos extranjeras, que pueden manejar el mercado a su antojo.

Respecto de la primera afirmación es preciso tener presente los progresos de la técnica agrícola, algunos de ellos muy recientes. La agronomía es una ciencia de nuestros días, y hace 20 años no tenía ningún prestigio. A este respecto tenemos hoy en el mundo un experimento muy interesante: el Continente Europeo que antes de la guerra debía importar para abastecer a sus 330 millones de habitantes, productos de todos los demás continentes, está hoy bloqueado y obligado a intensi-

ficar enormemente su propia producción. Gracias a los progresos de la técnica, ha podido resolver el problema gravísimo que se le ha presentado sin que hasta ahora podamos decir esté amenazado por hambre. Como ejemplo basta recordar el hecho de estarse empleando en la alimentación del ganado en vez de pastos naturales, la betarraga azucarera, que además de azúcar, produce cuatro o cinco veces más forraje que una pradera, las cuales están desapareciendo en el Continente Europeo. Este recurso, y el cultivo de la patata son los medios más importantes con que Europa combate el hambre que la acecha. La patata era un cultivo que exigía terrenos de calidad; pero hoy gracias al progreso de la técnica de los fertilizantes, se puede cultivar casi en todas partes. La química también ha venido a aportar un poderoso concurso a la solución de las dificultades alimenticias de Europa. Se ha logrado aprovechar la celulosa de la madera en la alimentación del ganado, fabricando del aserrín una torta de alta ley en proteína, con un valor nutritivo igual al 85% de su peso en granos. Se ha logrado igualmente aprovechar algas marinas con idéntico fin.

Estas solas consideraciones demuestran las posibilidades insospechadas de aprovechamiento de los terrenos y de industrialización de la agricultura. El ingeniero don Eduardo Necochea, comentando el trabajo de sus colegas, a que hemos aludido, dice que si se compara nuestro territorio agrícola con el de California, Suecia, Suiza y Nueva Zelanda, a igualdad de producción unitaria, podríamos aumentar nuestra producción agrícola entre 5 y 20 veces.

Lo dicho basta a demostrar que es temeraria toda afirmación relativa a la imposibilidad de incrementar nuestra producción agrícola.

Por otra parte, hay ciertos artículos que Chile necesita adquirir en el exterior y sin los cuales no podríamos subsistir; el azúcar y la bencina, por ejemplo. Eso debemos pagarlo con nuestra exportación, actualmente formada en una alta proporción por nuestros productos mineros. Investigaremos más adelante la posibilidad de exportar nuestros productos industriales u otros que pudieran suministrar las divisas hoy obtenidas de nuestra exportación minera.

No puede negarse el hecho histórico de la gran superioridad económica, política y social de los países industriales respecto de los países agrícolas. Inglaterra con su pequeña superficie produjo en un tiempo la mayor parte de las manufacturas consumidas por todo el Continente Europeo, habiendo llegado por eso a superar en situación económica a los demás países de ese Continente durante largo tiempo.

Lo mismo podemos ahora observar en el caso del Japón, que actualmente es el área manufacturera del Asia, a pesar de su gran escasez de recursos naturales, como el hierro, el cobre, el petróleo, etc. En Estados Unidos, los Estados industriales son en total catorce y tienen sólo el 14% de la superficie del país; pero en ellos está la mitad de la población total; producen el 70% de las manufacturas de la Unión y aproximadamente el 60% de la renta nacional.

Todo lo dicho demuestra un hecho fundamental: la energía, la capacidad técnica y el espíritu de empresa son los mayores activos económicos de una nación. El problema es por consiguiente ante todo de carácter racial.

No hay nada más ilustrativo, dice Carl Snyder, que el desarrollo industrial del Japón en nuestros días, resultado directo de un proceso llevado a cabo con gran

energía y tenacidad. Los japoneses asimilaron los principios y métodos del progreso económico; para obtener la maquinaria y reunir los capitales necesarios, esa raza hubo de someterse a las mayores privaciones; pero hoy día las grandes utilidades de sus nuevas industrias suministran ya el capital para grandes inversiones, y así el Japón se ha convertido en un país de inventores e innovadores, y ha dado muestra en el más alto grado, de espíritu de empresa y de organización, y ha llegado a conquistar una situación industrial de primer orden. Ese es el resultado del método y no es difícil que por ese mismo camino otros países obtengan igual éxito.

Eso parece ser lo hecho por Rusia; ha empleado, dice Snyder, las mismas fórmulas y los mismos métodos. Sus dirigentes no se han alarmado ante el hambre del pueblo y lo han privado cruelmente hasta del trigo a fin de obtener divisas con qué comprar maquinaria alemana, inglesa o americana. Han debido superar grandes obstáculos y sin duda han cometido grandes errores; quizá han tratado de realizar sus planes con excesiva rapidez y más allá de la capacidad de su pueblo. El proceso del Japón, a lo menos al comienzo, fué mucho más lento. Rusia, de no haber interrumpido, por causa de la guerra actual, la evolución a que se había lanzado, podría realizar un desarrollo gigantesco, pero todo eso se ha efectuado a costa de sacrificios inhumanos, no sólo en lo económico, sino también en lo político, habiendo debido eliminar toda resistencia por medio de procedimientos sangrientos.

Dos factores son decisivos sin duda en la superioridad de la industria respecto a la agricultura: uno de ellos es la enorme diferencia entre el capital, o sea el valor de la maquinaria puesta a disposición del obrero en la industria y en la agricultura. En Estados Unidos el valor de la maquinaria por obrero es en la industria manufacturera de 10 mil dólares y en la agricultura solamente de 500 dólares. El otro es la mayor capacidad física y técnica del obrero industrial respecto del obrero agrícola; pero esto no debe inducirnos a error; gran parte de los obreros agrícolas serían absolutamente inprovechables en la industria; solamente en los trabajos agrícolas encuentran empleo, los ancianos y muchos obreros de bajo rendimiento.

El capital invertido en maquinarias es sólo una parte pequeña del valor total de la tierra, edificios y ganado y ese es el punto fundamental, pues la maquinaria es la gran creadora de riqueza y la que multiplica el esfuerzo de los obreros.

Sin embargo, el empleo de la maquinaria en la agricultura va haciendo también grandes progresos. En Estados Unidos, país al cual tenemos que volver cada vez que se trata de investigaciones estadísticas, se ha hecho la comparación entre el valor de la producción agrícola y el de la maquinaria empleada. Ese valor varía de un Estado a otro en grado considerable. El Estado de Iowa es el Estado agrícola más rico en lo que respecta a la renta por habitante, y su inversión en maquinaria es también, ocho o diez veces superior a la mayoría de los otros Estados. Se estima que un agricultor de Iowa puede producir 10 ó 12 veces más por obrero de lo que sería posible sin el capital invertido en maquinaria. En el Canadá hay fundos de mil acres, que normalmente no emplean sino cinco o seis obreros, aún en el momento de la cosecha; casi todo es hecho por la maquinaria. En Rusia también la agricultura es hoy día una de las más mecanizadas del mundo.

Pero el caso más ilustrativo e impresionante, es, como dijimos, el del Japón. Aunque de grandes dotes, ese país no se distinguía como un pueblo técnico e industrial. Sorprende pensar que no tenía carbón y que el hierro y otros recursos le faltaban casi totalmente. No tenía caídas de agua y necesitaba importarlo en realidad todo: materiales, métodos y maquinarias. El japonés es de inteligencia rápida, muy industrioso y tenaz; el progreso de ese pueblo es una de las maravillas de la historia contemporánea, pero no ha sido autóctono. Los japoneses tuvieron al principio que copiarlo casi todo; no sólo necesitaron adquirir la maquinaria, sino también los conocimientos en el extranjero; contrataron grandes técnicos y los aprovecharon en toda su capacidad. La partida fué difícil, pero eran pacientes, perseverantes y estaban dispuestos a hacer grandes sacrificios. Su desarrollo industrial ha sido casi tan cruel como el de Rusia en los últimos años; el resultado directo de la explotación de las masas del pueblo japonés, y especialmente de los campesinos, para un fin determinado. Todas las informaciones coinciden en describir la población del Japón como de una pobreza desesperante; en las industrias los salarios se han mantenido bajos con mano de hierro, de modo que los obreros, hasta ahora, han disfrutado relativamente poco de las ventajas de ese asombroso progreso. El Japón ante todo necesitaba hacer grandes economías para realizar su plan; sin ahorros no habría bastado toda la ambición o la ansiedad del mundo para ello. Y el resultado ¿cuál ha sido? Ningún país, ningún pueblo se ha levantado con tal rapidez hasta esa situación y ese poder.

A medida que la agricultura progresa, o sea que se mecaniza, va dejando un mayor número de brazos para el desarrollo industrial y social del país. Es en la agricultura donde el rendimiento por hombre ha crecido más rápidamente en Estados Unidos. Los fundos se están especializando en explotaciones intensivas, como gallineros, lecherías y muchos están de tal modo mecanizados, que son verdaderas fábricas. Sin embargo, en conjunto, la agricultura en ese país es una industria en relativa decadencia.

Los grandes Estados industriales de la Unión son los más ricos, en donde los salarios son más altos y el standard de vida más elevado. La asombrosa riqueza de Estados Unidos y de los demás países industriales es debida casi enteramente al rápido crecimiento de las manufacturas, de la minería, de los transportes y el comercio y muy poco a la agricultura. Es indiscutible, pues, que la industrialización es la gran creadora de riqueza y bienestar en todos los países, pero para llegar a ella se requieren varias condiciones que es útil analizar si las posee nuestro país o si es preciso fomentarlas o crearlas.

En primer lugar el factor racial. El caso del Japón en el Continente Asiático, de Inglaterra en el Europeo, de los Estados industriales dentro de la Unión Americana, ha sido el resultado de un núcleo racial de grandes condiciones de empresa, de técnica y de espíritu de economía y trabajo. Han debido hacer sacrificios durísimos para lograr el fin deseado.

Nosotros queremos recorrer el camino al revés. Industrializar inmediatamente nuestro país para mejorar desde luego las condiciones de vida de sus habitantes y para eso hemos escogido métodos en algunos casos contraproducentes, como por ejemplo encarecer los tejidos de algodón a fin de proteger el desarrollo de esa in-

dustria en Chile con el resultado inmediato de elevar considerablemente el precio de artículos indispensables de consumo popular.

Otro punto de mucha importancia en el estudio de esta materia, es la posibilidad de mercados para la producción nacional. En un país mal alimentado, que carece de viviendas adecuadas y mal vestido, no parece posible que su pequeña población pueda ser un mercado de artículos industriales cuyo consumo implica desde luego la existencia de un standard de cierta holgura, es decir que tenga ya satisfechas sus necesidades primordiales de alimentación, habitación y vestuario.

Bien ilustrativo es lo que ocurre en Chile con la industria del calzado, una de las más antiguas y adelantadas de nuestro país. Esta industria se encuentra en sobreproducción a pesar de que gran parte de la población casi no puede usar zapatos. Parece absurdo hablar de sobreproducción de un artículo en un país que carece de él; pero esto proviene de una falsa interpretación de la palabra sobreproducción, que no significa otra cosa sino la imposibilidad de producir más allá de cierto límite a precios que cubran el costo de producción, requisito indispensable para que cualquiera industria pueda subsistir. En buenas cuentas, lo que hace falta dentro del país es un poder comprador suficiente para permitir un mayor desarrollo a esa industria y si esto ocurre con el calzado, que llena una necesidad tan imperiosa, habrá de ocurrir con mayor razón en el caso de productos industriales menos necesarios.

Vemos, pues, que nuestra pequeña población con su bajo standard de vida no es campo propicio todavía para un desarrollo industrial en gran escala. Analicemos brevemente nuestras posibilidades de exportación de artículos industriales, hacia los cuatro puntos cardinales. Al Sur, tenemos la Antártica, inhabitada; al Occidente, el más inmenso de los Océanos; hasta el Oriente, la más grande de las cordilleras; y al otro lado, un vecino rico, que—como nosotros y todos los países de la tierra hoy día—tienen el afán del proteccionismo industrial. No nos queda sino el vecino del norte, país pequeño y de bajo standard de vida, como nosotros, y cuya economía está poderosamente ligada a la de Estados Unidos, país al cual necesita comprar para poder vender su producción agrícola o minera. A su vez, nuestro vecino oriental tiene también vínculos económicos muy estrechos con los países a quienes vende su inmensa producción de cereales y carnes.

Todos los países de América se encontrarán, con una gran dificultad en la exportación de sus productos industriales: el hecho de existir en nuestro propio continente el principal país industrial del mundo y que lo reúne todo en grado insuperable: recursos naturales, técnica y capitales gigantescos. ¿Será posible pensar el disputarle los mercados?

En resumen, de lo dicho, podemos afirmar que el progreso industrial en el fondo significa capitalización, capacidad técnica, espíritu de empresa, laboriosidad y economía. Con todos estos requisitos no es raro que un pueblo tenga su standard de vida bastante elevado, pero no hay que confundir la causa con el efecto e imaginar que cualquier país pueda llegar a esos resultados en forma más o menos artificial y rápida. Para formar los capitales necesarios a la industrialización, nuestro país deberá obtenerlos de sus principales fuentes de recursos actuales: la agricultura y la minería. Si bien es cierto que ya la industria tiene una importancia económica considerable, no puede figurar todavía en primer lugar como una fuente de capita-

lización y además que, como lo ha dicho en el artículo del número anterior don Javier Herreros, en la producción de nuestra industria hay a veces un simple proceso de transformación de materias casi elaboradas, de modo que el valor agregado por la industria es pequeño relativamente. Completando el concepto de la protección diferencial a que alude el señor Herreros en ese artículo, llamándola así porque apenas los precios pasan de cierto límite, la protección desaparece, debemos agregar el hecho de que hoy día existen métodos enteramente opuestos a una política de protección, como ser la fijación de precios máximos para casi todos los productos de la agricultura.

Otro punto que debemos tener presente en la política proteccionista, es el siguiente: el objeto de la protección es en el fondo, reemplazar un artículo importado por otro nacional, es decir disminuir la cuantía de nuestra importación. Como el comercio internacional es un intercambio de productos, lo que un país exporta está subordinado a lo que importa y vice versa; por eso, a medida que se va restringiendo la importación, se va obstruyendo también la salida a la producción de nuestras minas y a la de productos agrícolas. Las dificultades de colocación de nuestra fruta y de los vinos chilenos en Alemania y Bélgica por haberse instalado en Chile una fábrica de vidrios planos, no es sino un caso particular de lo dicho anteriormente.

Pero hay otro factor que no podemos olvidar a este respecto. Lo fundamental desde el punto de vista de la defensa de un país es su abastecimiento propio en artículos alimenticios.

Sería, pues, una política insensata desatender la agricultura para dedicar una protección exclusiva a la industria manufacturera.
